

LEÓN-PORTILLA, MIGUEL. *Trece poetas del mundo azteca*. Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México, Serie de Cultura Náhuatl. Monografía: 11. México, 1967, 259 pp.

Ya el título del libro sugiere una novedad. Se pueden escribir muchos libros sobre una temática determinada, pero repiten o son una glosa de lo ya escrito con anterioridad. Pero el libro de Miguel León-Portilla no es una obra repetitiva, aun cuando él se haya dedicado ya con verdadera pasión científica a desentrañar, a través de las fuentes, las categorías morales y materiales del mundo indígena vigente en 1519. Ahora presenta una imagen distinta a las que ya ha descrito sobre ese mundo desquiciado por la ocupación hispánica; y su investigación no es simple curiosidad sino la reconstrucción de un mundo que nos sigue implicando y complicando. Porque el pasado no es sólo exhumación de cosas inertes, sino presencia viva; y las cosas de los antiguos mexicanos las seguimos viviendo en muchos aspectos.

El autor se ocupa de la poesía entre los aztecas. Ya el doctor Garibay se ha ocupado de la literatura náhuatl; pero ahora León-Portilla complementa su investigación con la poesía azteca, destacando la personalidad de trece poetas representativos. Así, nos dice, que "Privilegio infrecuente es sacar del olvido la figura y la obra de un poeta verdadero. Por eso hablar del rescate de trece rostros prehispánicos con las volutas floridas que fueron sus cantos, a algunos parecerá fantasía. Y sin embargo, la investigación en los textos y códices ha hecho posible el acercamiento".

Por tanto el autor, en su imaginación creadora, no "poetiza", ni mucho menos inventa, sino que conceptúa la poesía azteca con inspiración e interpretación personales, que en ningún momento dejan de ser científicas.

En la introducción el autor se pregunta: "¿Quiénes fueron, cómo se llamaron, en qué forma vivieron los principales poetas, sabios y artistas del México antiguo? ¿Hay alguna manera de relacionar las

obras que conocemos, sobre todo las literarias, con "los rostros y corazones" de quienes en el mundo prehispánico supieron forjarlas? ¿O habrá que limitarse a decir que, a excepción del celeberrimo Nezahualcóyotl y de otros pocos poetas, la mayor parte de los textos deben atribuirse a antiguas escuelas de sacerdotes y sabios, responsables anónimos de esas creaciones?"

Creemos que el autor, y nos parece bastante exacto, se refiere a una tradición poética prehispánica debida principalmente a Nezahualcóyotl, que ha llegado hasta a los textos más elementales de Historia Antigua de México en giros tan conocidos como "son las pompas caducas de este mundo...", etcétera. Pero el autor reflexiona en forma racional; "¿podría alguien preguntarse por qué habiendo testimonios e información, hasta ahora no se había acometido esta empresa o sólo se había ensayado en forma limitada?" Por ello León-Portilla se refiere en seguida a lo que llama redescubrimiento de la literatura náhuatl. Recordando el hallazgo del importante manuscrito de Cantares Mexicanos, se refiere a los remotos antecedentes de los poetas y sabios del mundo azteca, donde se inserta la antigua visión del mundo mesoamericano y la postrer manifestación del pensamiento náhuatl a través de la poesía.

"En Acolhuacan-Tezcoco
se guardan maravillosas
las pinturas de los anales..."
(Ms. Cantares Mexicanos, fol. 18 v.)

En seguida se transcriben algunas de las producciones del tradicional Nezahualcóyotl:

"Soy rico,
yo, el señor Nezahualcóyotl
Reúno el collar,
los anchos plumajes de quetzal."

En estos fragmentos seleccionados se ratifica el emporio cultural que era Tezcoco y que no sólo debe haber representado Nezahualcóyotl en lo personal sino una serie de ingenios que dieron a esa ciudad tan sólido prestigio. Aparece después Cuacuauhtzín, de *Tepechpan*, quien exterioriza su emoción en este bello verso de honda significación:

"Flores con ansia mi corazón desea"

Y luego nos dice Nezahualpilli:

"Está embriagado mi corazón".

Esta embriaguez era la embriaguez de la vida, de la luz y el color de su paisaje, la embriaguez que traduce a la imaginación como fuente de inspiración poética, y a un estado interior inefable y creador.

Sigue con Cacamatzin de *Tezcoco*, "Gobernante y poeta de vida breve y trágica"; desventurado como artista y como rey, quien expresó como una premonición de su desgracia:

"pero nadie dice verdad en la tierra"

Constatamos aquí, la dolorida realidad de quienes *creyeron*, como los tlaxcaltecas, a la postre decepcionados. Y Cacamatzin ya no esperó ni creyó en la verdad de la tierra sino en una vida supraterránea a la cual ingresó por la vía dolorosa del martirio. Fue en realidad Cacamatzin una "voluta florida" silenciada en sus cantos por la violencia y por el dolor. Parece que en este poeta gobernante se repitió el drama del joven Nezahualcóyotl, presenciando la muerte cruenta de su padre Ixtlilxóchitl, por la saña de los tecpanecas, convirtiéndose en el simple "coyote hambriento" que florecía a la caída de Azcapozalco, como un príncipe de la cultura de Acolhuacan.

León-Portilla, en la parte central de su obra, nos introduce a los poetas de México-Tenochtitlan, con este hermoso poema:

"En el lugar de los dardos de colores,
de los escudos pintados,
es Tenochtitlan...
Abren aquí sus corolas
las flores del Dador de la vida..."

(Ms. Cantares Mexicanos, fol. 18 v.)

No puede negarse la belleza y emotividad de esta antesala de introducción a lo que podríamos llamar el Parnaso azteca, que es lo que redescubre León-Portilla, reconociendo a Tezcoco como foco de cultura y progreso espiritual, mencionando además de Nezahualcóyotl y Cacamatzin, a Cuacuauhtzin y Nezahualpilli; y presenta además a poetas de Huexotzinco y Tlaxcala que participaban del mismo patrón cultural.

Narra el autor la serie de incidencias de la vida política y social de Tochiuhuitzin, hijo de Itzcóatl quién colaboró para acabar con la hegemonía de Azcapozalco en el Valle de México; consignaremos un fragmento de la vida como un sueño, que legó Tochiuhuitzin:

“Así lo dejó dicho Tochiuhuitzin
 Así lo dejó dicho Coyolchiuhqui:
 de pronto salimos del sueño,
 sólo vinimos a soñar,
 no es cierto, no es cierto,
 que vinimos a vivir sobre la tierra...”

Después, León-Portilla nos presenta a Axayácatl, “poeta y señor de Tenochtitlan” (1481), de quien hace historia, considerándole, además de gobernante, como poeta, quien al frente de sus hombres, hizo esta vez uso de la palabra y dijo:

“Ahora nos acercamos a Michoacán,
 sobre ellos ha caído,
 habrán de caer los viejos guerreros aztecas”

Para terminar la mención de Axayácatl, nos dice el autor: “El rápido análisis de los dos poemas de Axayácatl permitirá quizás apreciar algo de lo que fue la trama interior de la vida del joven *tlatoani* que encontró en el mundo de la flor y el canto atinada forma de expresión a sus dudas, a sus angustias y ambiciones. Si como gobernante de la nación azteca pasó por propio derecho a la historia, como poeta ha de incluirse también en la serie de los grandes maestros de la palabra nacidos en México-Tenochtitlan.”

Es importante este juicio porque nos puede revelar a través de las actitudes de determinados hombres su carácter y su vida interna. Lo mismo podríamos pensar, por ejemplo, de Xicoténcatl, el joven, ante la Conquista, cuando conocemos de él sólo ciertos comportamientos y rasgos objetivos y, a través de ellos, pueden inferirse los resortes interiores de su conducta.

El autor presenta también a Macuilxochitzin, poetisa hija de Tlacaélel, quien expresó las categorías náhuas en función de la poesía. Nos dice:

“Elevo mis cantos, exclama, yo Macuilxochitzin,
 con ellos alegre al Dador de la vida...”

Afirma el autor que Macuilxochitzin “Confiesa ignorar si es que sus cantos volarán hasta la morada del dios, pero que se consuela pensando que al menos aquí en la tierra habrán de ser conocidos”, y cuando recuerda a Axayácatl, no puede contenerse y lo elogia así:

“¡Axayacatzin, tú conquistaste la ciudad de Tlacotépec! Allá fueron a hacer giros tus flores, tus mariposas... con esto has hecho

ofrenda de flores y plumas al Dador de la vida"... Todavía el autor habla del canto que Macuilxochitzin dedica a Axayácatl, herido por los otomíes; y en la nota de la página 160, da las razones que lógicamente inducen a considerar a Macuilxochitzin como poetisa, aun cuando no fue la única según informan varios cronistas.

León-Portilla sigue mostrando a los poetas del mundo azteca, como Temilotzin de Tlatelolco, contemporáneo y amigo de Cuauhtémoc. De este guerrero notable y poeta, nos dice: "Probablemente su deseo de ser forjador de cantos nació en sus años de estudiante en el *calmécac* de Tlatelolco, cuando pudo adentrarse en el conocimiento de las tradiciones, de los himnos sagrados y del simbolismo del pensamiento preservado en los libros de pinturas." Como defensor de Tenochtitlan y como poeta, cantor de la amistad, fue uno de los cultivadores de los cantos, que sobrevivió a la Conquista. De él se dice en una crónica indígena:

"¡Esfuézate,
entrégate a la guerra,
tlacatécatl Temilotzin,
han salido de sus barcas los hombres de Castilla."

Transcribimos un fragmento de la obra de Temilotzin:

"Ya he venido,
me pongo de pie,
forjaré cantos,
haré que los cantos broten,
para vosotros, amigos nuestros.
Soy enviado de Dios,
soy poseedor de las flores,
yo soy Temilotzin,
he venido a hacer amigos aquí."

Fue sin duda Temilotzin un valiente defensor de Tenochtitlan y un cantor florido de la amistad.

Todavía el autor nos revela a otros tres poetas, de la región poblano-tlaxcalteca. El primero Tecayehuatzin de Huexotzinco a quien llama "El sabio que ahondó en el sentido de 'flor y canto' (n. segunda mitad del s. xv-m. principios de s. xvi)". Lo destaca además "entre los más célebres poetas, sabios o *tlatatinime* de la región poblano-tlaxcalteca". Sin embargo, Tecayehuatzin no fue inicialmente poeta, sino que tuvo que atender a los asuntos de su cargo y a múltiples intrigas de tlaxcaltecas y mexicas. Pero el poeta, como lo dejó dicho Ayocuan Cuetzpaltzin, amaba la música

y frecuentemente "hacia resonar en su palacio los tímboles, las flautas y las conchas de tortuga".

Este personaje, presionado por los mexicas, convocó a otros sabios y poetas para dialogar acerca del sentido de la poesía, y más ampliamente del arte y del símbolo. Así reúne a los poetas en su casa y enuncia el tema a tratarse en el diálogo. Un fragmento del poeta:

"¡Cantemos ya!
 Cantemos ya,
 continuemos ahora los cantos
 en medio de la florida luz y el calor, ...
 ¿Acaso alguien,
 acaso no todos nosotros,
 daremos alegría,
 haremos feliz,
 al Inventor de sí mismo?"

Además de la traducción castellana, León-Portilla presenta la versión náhuatl, lo que vivifica y da interés a hermosas imágenes de Tecayehuatzin.

Luego se refiere el autor a Ayocuan Cuatzpaltzin, "El sabio, águila blanca", de Tecamachalco (n. segunda mitad del s. xv-m. principios del s. xvi). Fue celebrado este poeta en no escasos cantares y un poeta de la región de Chalco dijo lo siguiente acerca de él:

"Quedaron entrelazadas
 las flores color de pájaro azul
 con las matizadas como el ave roja:
 son tu corazón, tu palabra,
 oh príncipe, señor chichimeca, Ayocuan,
 ¡Muéstrate en la tierra siquiera un momento!"

Entre sus poemas, como un canto a la tierra y a la persistencia del mundo, se expresa así:

"¡Que permanezca la tierra!
 ¡Que estén en pie los montes!
 Así venía hablando Ayocuan Cuetzpaltzin.
 En Tlaxcala, en Huexotzinco.
 Que se repartan
 flores de maíz tostado, flores de cacao.
 ¡Que permanezca la tierra!"

Finalmente, cierra esta antología de poetas tlaxcaltecas Xicohtécatl el viejo, "Señor de Tizatlán, cantor de la guerra florida (n. hacia 11-Casa, 1425-m. 4-Conejo, 1522)"; y recuerda el autor que la región poblano-tlaxcalteca fue fecunda en poeta y sabios, entre ellos Tecayehuatzin y Ayocuan, ya mencionados.

Xicohtécatl, a quien tocó vivir cerca de un siglo de historia con hechos tan relevantes como el esplendor azteca, y ya en su ancianidad la destrucción de la antigua forma de vida con la llegada de los españoles, fue valiente capitán, pero también poeta. Y nada menos que padre del apoteótico Xicohtécatl el Joven que se opuso a la alianza con los recién llegados españoles. Un fragmento de su obra:

"Yo lo digo, yo el señor Xicohtécatl:
¡que no vayan en vano!,
¡Toma tu escudo: cántaro de agua florida!
Tu ollita de asa,
ya está en pie tu precioso cántaro color de obsidiana,
con ellos a cuestras llevaremos el agua,
vamos a acarrearla allá a México,
desde Chapolco, en la orilla del lago."

La última referencia es a Chichicuepon de Chalco, "Poeta y litigante desafortunado" (siglo xv). Las noticias más importantes sobre la historia de Chalco y otros centros (Amecameca, Tlalmanalco, etcétera) se conservaron principalmente a través del historiador Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, nacido en Amecameca a fines del siglo xvi. Chimalpain, haciendo elogio casi épico de la región, dijo:

"Aquí está el agua y el monte,
aquí el altar de los jades,
Amaquemecan-Chalco,
en el lugar del renombre,
en el lugar que es ejemplo,
junto a los cañaverales..."

Trágico fin tuvo Chichicuepon, quien litigó para hacer justicia cuando los aztecas les negaron la calidad de nobles, lo que traería como consecuencia el despostrarlos de sus tierras. Chalco se arruinó y Chichicuepon "pagó con su vida su pretensión de justicia", pero —dice el autor— como poeta logró alguna fama. El canto triste y melancólico del poeta ante la caída de Chalco se expresa así:

“...¿Acaso en la región de los muertos
 habrán de proferirse
 el aliento y las palabras de los príncipes?
 ¿Trepidarán los jades,
 se agitarán los plumajes de quetzal
 en la región de los descarnados
 en donde de algún modo se vive?”

Termina León-Portilla con un “Postscriptum a modo de invitación” en el que expresa que los trece poetas del mundo azteca estudiados sólo son una muestra; e invita a la investigación, a seguir ahondando en lo mucho que queda por estudiar. “La poesía náhuatl, con las otras formas de creación artística, es testimonio, el más humano, de lo que fue la vida y el pensamiento en el México antiguo.” Y añade que con certera expresión señaló la meta de su estudio uno de los viejos poetas de Anáhuac, como invitación a seguir explotando las ricas vetas existentes aún:

“Uno a uno voy reuniendo sus cantos,
 cual jades los voy engarzando,
 con ellos hago un collar,
 el oro de sus cuentas es resistente.
 ¡Adórnate con ellos!
 Son tu riqueza en la región de las flores...
 Son tu riqueza aquí sobre la tierra...”

Se complementa esta obra de tan singular valor, con amplia y seleccionada bibliografía, índices analíticos, de ilustraciones y de láminas, y un sumario final que indica el orden expositivo de los temas.

Todavía deseamos destacar otros matices de importancia en esta obra. Su magnífica presentación, las ilustraciones, debidas a Víctor Manuel Castillo Farreras, entre ellas “El país de la Flor y el Canto”, constituyen un nuevo escaño bibliográfico del autor. Pero aún cabe hacer algunas reflexiones: En Miguel León-Portilla se conjugan capacidad creadora no exenta de sencillez, elegancia y profundidad; sus libros no divierten, enseñan y deleitan. Del pasado extrae las tónicas de una vida actual que en lo indígena constituye una implicación vital para los mexicanos. Además el libro tiene otro mérito: al lado de los enjundiosos trabajos del doctor Garibay, coadyuva a la reafirmación de la existencia de una literatura prehispánica, a la cual algunos eruditos no le dieron importancia ni validez. Sahagún concedió mayor categoría a la literatura prehispánica, que algunos de los investigadores de los siglos posteriores. Pero por fortuna, el tan sensiblemente desapa-

recido Garibay, León-Portilla y otros, le han dado el rango que tiene y puede afirmarse a través de los textos y fuentes, que la literatura mexicana tiene como punto de arranque el mundo prehispánico. Ya contamos, como pensó Henrique González Casanova, con "nuestros clásicos" que podemos traducir como expresiones de una vida propia y personal.

La obra del doctor León-Portilla aporta elementos para reflexionar sobre la vida mexicana; creemos que se propuso captar el sentido de la vida prehispánica y dar una significación del México actual.

Nuestro agradecimiento al autor de este importante y bello libro, de quien esperamos nuevas aportaciones en el futuro. El doctor Ángel María Garibay, en su contestación al discurso de León-Portilla sobre *Los maestros prehispánicos de la palabra*, en su ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Española le dijo: "Entrad, pues, y sentaos en el sillón de los sabios y sed lo que deberíamos ser todos los que nos honramos en esta Casa: paladines de la buena lengua, pero defensores de su libertad viviente y perdurable."

FERNANDO ANAYA MONROY